

Antes de la era cr. 600. vista de los lugares santos que Dios había preservado del furor del impío Holofernes, y se celebró con Judit la alegría de esta victoria durante tres meses.

25. Después volvió cada uno á su casa, y Judit se hizo célebre en Betulia, y la persona mas esclarecida de todo Israel;

26. Porque en ella la castidad estaba unida á la virtud, y desde la muerte de su marido Manasses no conoció otro varon en el resto de su vida.

27. Los dias de fiesta se presentaban en público con grande gloria.

28. Y después de haber permanecido hasta la edad de ciento cinco años, en la casa de su marido, y de haber dado libertad á su esclava, murió, y fue enterrada en Betulia con su marido.

29. Y todo el pueblo la lloró durante siete dias."

30. Mientras que vivió y muchos años después de su muerte no hubo quien turbara á Israel."

31. El dia de esta victoria fué puesto por los Hebreos en el número de los dias santos, y los Judios" le honran como dia de fiesta, desde aquel tiempo hasta el presente.

Y 28. Este es el sentido de la versión siríaca. Véase lo que se ha dicho sobre la edad de Judit en la Disertacion que está ántes de este libro.

Y 29. Este era el término ordinario del duelo.

Y 30. Vulg. annis multis. Grieg. lit. diebus multis. Véase lo que se ha dicho sobre este texto en la citada Disertacion.

Y 31. Este verso no se halla en las versiones griega, siríaca y latina antigua. S. Gerónimo le tomó del libro caldeo que tradujo.

cundus secundum faciem sanctorum, et per tres menses gaudium huius victoriae celebratum est cum Iudith.

25. Post dies autem illos unusquisque rediit in domum suam, et Iudith magna facta est in Bethulia, et praeclarior erat universae terrae Israël.

26. Erat etiam virtuti castitas adiuncta, ita ut non cognosceret virum omnibus diebus vitae suae, ex quo defunctus est Manasses vir eius.

27. Erat autem diebus festis procedens cum magna gloria.

28. Mansit autem in domo viri sui annos centum quinque, et dimisit abram suam liberam, et defuncta est ac sepulta cum viro suo in Bethulia.

29. Luxitque illam omnis populus diebus septem.

30. In omni autem spatio vitae eius non fuit qui perturbaret Israël, et post mortem eius annis multis.

31. Dies autem victoriae huius festivitatis, ab Hebraeis in numero sanctorum dierum accipitur, et colitur a Iudaeis ex illo tempore usque in praesentem diem.

PREFACIO

DEL

LIBRO DE ESTER.

Nosotros tenemos este libro en hebreo desde el principio hasta el verso 3 del capítulo ix. Los Judios le han reconocido siempre por canónico, y han estado persuadidos de que contenia una historia muy verdadera.

En cuanto á su autor están muy divididas las opiniones (1). S. Epifanio, S. Agustin y San Isidoro le atribuyen á Esdras; Eusebio le cree mas moderno, sin decidir de quien es; y muchos hebreos pretenden que le compuso la gran sinagoga; aunque la mayor parte de los críticos sostiene que Mardoqueo fué su principal autor. Este, ciertamente en union de Ester escribió la carta circular mandando celebrar la fiesta de las Suertes (2), que es el contenido de este libro, como puede convenirse fácilmente cualquiera que lea su capítulo ix; es pues necesario reconocer á Mardoqueo y á Ester por sus principales autores.

Digo principales, porque en él se encuentran algunas expresiones que no son de la carta de Mardoqueo, añadidas posteriormente. Por ejemplo: Que los Judios adoptaron en el número de sus fiestas la de las Suertes, conforme á la órden que les dió Mardoqueo, por sus cartas; que desde ese tiempo, esos dias se llamaron PHURIM, esto es, de las Suertes, porque Aman echó la suerte para destruir á los Judios; y que ellos adoptaron esta solemnidad, y se obligaron á ella por sí y por su estirpe, y por todos los que quisieran vivir en sociedad con ellos en los años sucesivos &c. (3). Sin duda se añadieron á la carta de Mardoqueo y Ester estas palabras, y las que siguen en el hebreo hasta el fin del libro, por el que le formó. Este autor habla en el de Mardoqueo en tercera persona; cita la carta de las Suertes, advierte que ella hacia parte principal de su obra, y se refiere á los anales de los reyes persas y medos (4), donde se cuenta la gloria, grandeza, poder y autoridad que Assuero confirió á Mardoqueo. Es claro por esto que dicho escritor, cualquiera que sea, escribió sobre memorias auténticas, y en un tiempo en que la carta phurim y los anales de los Persas se conservaban íntegros todavía: por consiguiente es incontestable que si el autor no fué contemporáneo, á lo ménos se sirvió para su obra de memorias del tiempo de Ester y Mardoqueo.

L. ¿Quien es el autor de este libro tal cual se halla en el hebreo y en la versión Vulgata?

(1) Este primer artículo es tomado del Prefacio de Calmet.—(2) Esth. ix. 20. et seqq.—(3) Ibid. ix. 23. et seqq.—(4) Ibid. x. 2.

II.
Análisis de
este libro,
como se ha-
lla en el he-
breo y en la
version Vul-
gata.

Assuero da un banquete magnífico á todos los grandes de su reino. La reina Vasti prepara tambien otro en obsequio de las mugeres de su corte; y no habiendo querido ir á la presencia de Assuero que la manda buscar, la repudia por un edicto que este publica en todas las provincias de su imperio (Cap. 1). Calmada su indignacion se acuerda de Vasti, y sus ministros, para hacérsela olvidar, le aconsejan que llame á su presencia á las doncellas mas hermosas de su reino, entre las cuales viene Ester; le agrada sobre todas, y la toma por esposa con grande solemnidad. Ella observa todo lo que le prescribe su tio Mardoqueo. Dos eunucos son condenados á muerte, por haber Mardoqueo descubierto la conspiracion que tramaron contra la vida del rey (Cap. 11).

Assuero exalta á Aman sobre todos los príncipes de su imperio, y solo Mardoqueo se resiste á doblar ante él la rodilla. Aman para vengarse, proyecta y propone al rey el exterminio de todos los Judios ofreciéndole diez mil talentos. Assuero sin admitir la oferta pecuniaria, le abandona los Judios; y Aman circula una orden á todas las provincias para que todos perezan (Cap. 11). Mardoqueo desgarrá sus vestiduras, y va á manifestar su dolor á la puerta del palacio. Ester le envia unos vestidos para que pueda entrar, y él no los admite. Por medio de un eunuco le pregunta la causa de su dolor, y él descubre á la reina todo lo que Aman habia hecho contra los Judios, enviándole una copia del edicto que se habia publicado contra ellos. Ester le hace presente que ella no podia comparecer ante el rey sin exponerse indudablemente á la muerte; y Mardoqueo le contesta que si no queria exponer su vida por salvar á su pueblo, Dios la haria perecer. Movida Ester por sus instancias, exige de los Judios que pasen tres dias en ayuno y oracion, lo mismo que ella, y promete ir á ver á Assuero con peligro de su vida (Cap. 14).

Se presenta Ester á Assuero, y es muy bien recibida, y le suplica que asista al banquete que le ha preparado, llevando consigo á Aman. Asiste el rey al banquete, y la reina le convida para el dia siguiente, suplicándole tambien que vuelva á llevar á Aman. Indignado este favorito de que Mardoqueo no le tributara el mismo homenaje que los otros sirvientes del rey, convoca á sus amigos, y por su consejo dispone que se levante una horca, con el designio de duplicar al rey al dia siguiente que mande suspender en ella á Mardoqueo (Cap. 15). No pudiendo dormir Assuero, hace que se le lea la historia de su reinado; por ella recuerda la conspiracion que descubrió Mardoqueo, y que no habia tenido recompensa alguna. Consulta el rey á Aman el modo con que debería honrar á la persona que él quisiera distinguir; Aman le contesta, y el rey le ordena que tribute ese honor á Mardoqueo. Ejecuta Aman las órdenes del rey, y se retira á su casa lleno de consternacion (Cap. 16).

Va el rey con Aman al banquete que le habia preparado la reina Ester, que le pide salve su vida y la de su pueblo, descubriéndole los designios de Aman, y el rey manda que este sea colgado en la misma horca que habia preparado para Mardoqueo (Cap. 17). Hace donacion á Ester de los bienes de Aman, y eleva á Mardoqueo al mismo rango que tenia este valido. Pide Ester al rey la revocacion del edicto contra los Judios; y él da orden á Mardoqueo

para que expida cortas á todas las provincias en favor de ellos. La exaltacion de Mardoqueo llena de júbilo á la ciudad de Susán y á todas las provincias, y los Judios se colman de gloria, y muchos gentiles abrazan su religion (Cap. 18).

A los trece dias del mes duodécimo, los Judios por orden del rey, quitan la vida en Susán y las provincias á todos los que habian conspirado á su ruina. Sabiendo Assuero el número de los que habian muerto en Susán á manos de los Judios, le pregunta á Ester si queria alguna otra cosa; ella le contesta suplicándole permitiese á los Judios continuar haciendo lo mismo hasta el dia siguiente; y el rey se lo concede. Establecen los Judios una fiesta perpetua para celebrar la memoria de su libertad, de la ruina de Aman y de la exaltacion de Mardoqueo (Cap. 18). La grandeza de Assuero y el poder de Mardoqueo se consignaron en los anales de los Persas y Medos (Cap. 19). He aquí el compendio del libro de Ester, tal cual se halla en el hebreo y en la version de S. Gerónimo, que es nuestra Vulgata.

Ademas de lo que tenemos de este libro en hebreo, hay otras adiciones que S. Gerónimo agregó á la version que hizo del texto original, y que según advierte, encontró en la Vulgata antigua. Dejó á continuacion de los tres primeros versos del capítulo x, la adición de la antigua Vulgata, que se halla tambien en ese lugar del texto griego, la que se extiende hasta el fin de dicho capítulo, conteniendo la explicacion de un sueño de Mardoqueo, el mismo que se refiere en el cap. 11. de nuestra Vulgata, y que estaba al principio de la antigua. A esa misma adición del cap. x. debe juntarse el V 1. del cap. 11. de nuestra Vulgata, donde se marca el año en que la version griega de este libro se llevó de Jerusalem á Egipto; el cual en el griego es el último del cap. x, y la conclusion del libro.

Después de esta primera adición que S. Gerónimo dejó en el lugar que tenia, reunió las que estaban esparcidas al principio, y en la secuela de este libro, formando con ellas los seis últimos capítulos de nuestra Vulgata.

Desde el V 2 del cap. 11. hasta el V 9. del capítulo 12. se encuentra en ella un fragmento que contiene el sueño de Mardoqueo y el descubrimiento que hizo de la conspiracion de los dos eunucos. S. Gerónimo advierte que esta relacion formaba el principio del libro en la antigua Vulgata, así como le forma hoy en el griego.

Desde el fin del capítulo 12. hasta el V 7. del capítulo 13. se halla la copia de la carta que Aman dirigió á los gobernadores de las provincias para exterminar á todos los Judios, de la que se hace mencion en el cap. 11. V 13. y 14, y en ese lugar la trae íntegra el texto griego.

Desde el V 8 del cap. 13. hasta el fin del cap. 14. se encuentra la oracion de Mardoqueo por la libertad de los Judios, y la que Ester dirigió al Señor antes de presentarse á Assuero; las que la version griega coloca en el cap. 14. después del V 17.

Los tres primeros versos del cap. 15. de nuestra Vulgata, contienen lo que Mardoqueo mandó decir á Ester luego que tuvo noticia del edicto que Aman expidió en contra de los Judios; adición que pone el griego después del V 8. del cap. 14.

III.
Adiciones
esparcidas
en la anti-
gua Vulga-
ta, que San
Gerónimo
reunió al fin
de su versi-
on, que es
nuestra Vul-
gata moder-
na.

Lo restante del cap. xv. contiene lo que pasó cuando la reina Ester fué á presentarse al rey Assuero. Esta narración forma el principio del cap. v. en el griego, y es una relación circunstanciada de lo que refieren concisamente en los dos primeros versos del cap. v. el hebreo y nuestra Vulgata.

El capítulo xvi de nuestra Vulgata contiene la copia de la carta que expidió el rey á todas las provincias de su reino en favor de los Judíos, que coloca el griego en el capítulo viii después del V 12.

Se ve pues, que de los siete fragmentos que tenemos del griego, el último de este es el primero en nuestra Vulgata; de suerte, que el primero viene á ser segundo, y así de los demás; resultando de aquí que la explicación de la visión de Mardoqueo se lea ántes de ella, y que el último verso del libro en el griego, sea el primero del capítulo xii en nuestra Vulgata. El tercer fragmento está también fuera de su lugar, y algunos de los otros se repartieron en dos capítulos. Todo esto contribuye á la obscuridad que se nota en ellos, y que es fácil dispar colocándolos en su orden natural, comenzando por el primero y acabando por el último, sin otra operación que la de separar un fragmento del otro. Así lo ejecuté yo en una edición de la Biblia de Saci, impresa el año de 1739 en folio con notas, y en la que hice ántes de la Biblia de M. le Gros, publicada en 1756 en seis volúmenes en 12^o; por lo que me ha parecido ventajoso para mis lectores disponer del mismo modo estos fragmentos en la edición que hoy les presento. Por lo demás, yo los he conservado tales como están en la Vulgata, señalando al márgen los números de los capítulos y versos, para que puedan hallarse los textos citados conforme al uso común.

IV.
Reflexiones
sobre las ver-
siones grie-
gas y latinas
de este libro.

Las versiones griegas no son del todo semejantes entre sí (1). La edición romana, y la que nos dejó Userio con los asteriscos de Orígenes, están bastante conformes; pero son mucho mas extensas que otra versión griega que el mismo Userio publicó junto con la de Orígenes. La edición de Compluto es la que se desvia ménos de la romana.

La antigua traducción latina, de la que el P. Martianay dió á Calmet una copia, sacada de un manuscrito muy antiguo de S. Germain de Prados, se separa mucho del hebreo, y de las versiones griegas. En ella se notan mil variedades, adiciones y omisiones considerables; bien es, que aun las diversas traducciones latinas que habia en la Iglesia, variaban entre sí.

No están de acuerdo los sabios sobre el autor de la versión griega que trae las adiciones que se hallaban en la antigua Vulgata, y que S. Jerónimo reunió al fin de la suya. Muchos antiguos, seguidos en este punto por un gran número de críticos modernos, pretendieron que la versión griega del libro de Ester se hizo juntamente con la de los otros libros del Antiguo Testamento, y por consiguiente que debe atribuirse á los Setenta. Mas esto no puede admitirse, si no es suponiendo que Lisimaco, de quien se habla en el V 1 del capítulo xi de nuestra Vulgata, hubiera sido de esos in-

(1) Este artículo y el siguiente son tomados en parte del Prefacio de Calmet, y en parte del de M. el Abad de Vence.

terpretes, lo cual no puede conciliarse con la historia que tenemos de Aristeo, y con el testimonio de otros autores, que hablando de los Setenta, dicen que estos hicieron en Egipto la versión de la Sagrada Escritura, al paso que Lisimaco hizo en Jerusalem la del libro de Ester.

Es bastante difícil averiguar quien era este Lisimaco, y fijar la época en que vivia. En el verso citado del capítulo xi vemos que un tal Dositoe llevó la traducción de Lisimaco en tiempo de Ptolomeo y Cleopatra. Se cree (1) que este Ptolomeo fué el sexto de este nombre, llamado Filometor, que reinó en Egipto despues de Alejandro, y tuvo siempre un afecto particular á los Judíos, así como también la reina Cleopatra su esposa.

Muchos juzgan que este Lisimaco, traductor del libro de Ester, es el autor de las adiciones ó fragmentos que no se hallan en el hebreo. Orígenes, en su carta á Africano, parece haber estado en la persuasión de que ántes tenia el hebreo las adiciones de la versión griega, pero que despues se desglosaron. Otros han pretendido que la diferencia entre el hebreo y el griego en esta parte, proviene de la variedad de los ejemplares originales.

Sea quien fuere el autor de estos fragmentos, su autoridad canónica es incontestable, pues la Iglesia los ha admitido siempre en el cánon de sus Escrituras (2), los padres los han citado con elogio y aprobación en los concilios y en sus escritos (3), y ántes que la versión latina de S. Jerónimo obtuviera la preferencia en la Iglesia, no se les distinguía del resto del libro, como aun hoy no los distingue la Iglesia griega. Los catálogos de los libros de la Escritura, formados ántes de la versión de S. Jerónimo, incluyen todo el libro de Ester; y este mismo padre, aunque apasionado al texto hebreo, y tan interesado, como debía estarlo, en acreditar la versión que hizo de él, conservó sin embargo estos fragmentos cuidadosamente, y los colocó al fin de su versión, marcando los lugares del griego en que se hallaban. Despues de S. Jerónimo han seguido admitiéndose, y el Concilio de Trento (4) nos ha obligado á recibirlos, lo mismo que todo lo restante del libro.

La objeción mas fuerte que se hace contra la autoridad canónica ó autenticidad de estos fragmentos (5), se funda en las contradicciones que se pretenden hallar entre ellos y la historia de Ester, tal cual se refiere en el texto hebreo. Se dice en primer lugar, que el autor de los fragmentos pone en el año segundo de Artajerjes (á quien el griego siempre llama Assuero) el descubrimiento de la conjuración de los eunucos, habiéndose verificado esta el año séptimo de aquel príncipe, como puede verse en el capítulo ii, V 16 y siguientes. Esta objeción no tiene mas fundamento que las prime-

V.
Quien es el autor de los fragmentos que se hallan al fin de este libro en nuestra Vulgata. Autoridad canónica de estos fragmentos.

VI.
Respuesta á las objeciones que se hacen contra la autoridad canónica de estos fragmentos.

[1] Perer. in Dan. lib. xii. Menoch. Tir. User. de edit. 70. Interpr. cap. 3.—
[2] Origen. Exposit. Psal. i. apud Euseb. Hist. Eccl. l. vi. c. 25. Cyrill. Hieros. Epiph. de Pond. et Mens. c. 28. Damasc. de Fide Orthod. l. iv. c. 18. Hilar. Praef. in Psalm. Hieron. Prolog. Galeato. Ep. ad Paulin. et Praef. in Esther. August. l. ii. de Doctr. Christ. c. 8. Conc. Laod. c. Cult. Conc. Carth. 3. c. 47. Ina. l. ep. ad Euzub. Gelas. i. Synod. Rom. Eug. i. in Inscr. Armen.—[3] Orig. epist. ad Jul. Afr. et l. 2. in Joan. c. 14. et Basil. contr. Eunom. Chrysost. hom. 3. ad pop. Antioch. Ep. 282. var. editi. Hieron. ep. ad Galat. cap. 1. 4^a.—[4] Conc. Trid. Sess. 4.—[5] Este artículo y el siguiente son tomados del Prefacio de M. el Abad de Vence.

ras palabras del capítulo xii de nuestra Vulgata, donde se dice que en ese tiempo, *eo tempore*, estaba Mardoqueo en la corte del rey Assuero. Pero los que están versados en la lectura de los libros sagrados, saben que esas expresiones no señalan un tiempo determinado, y que solo significan el hecho que se refiere en el capítulo xii, ya hubiera sucedido en el segundo año de Assuero, ó en el tiempo del sueño de Mardoqueo, ó inmediatamente después. Por otra parte, estas palabras *eo tempore* no se hallan en el griego.

En segundo lugar se objeta que cuando se leían á Assuero los anales de los años anteriores, fijó la atención en el lugar donde se refería el modo con que Mardoqueo había descubierto la conjuración de los eunucos Bagatan y Tares, y preguntó qué recompensa se le había dado en premio de esta fidelidad y de un servicio tan importante; y los oficiales le contestaron que ninguna. De este modo se cuenta el hecho en la historia cap. vi. v. 2, y 3, siendo así que en el cap. xii. v. 5. de los fragmentos se dice que el rey por reconocimiento á la fidelidad de Mardoqueo, le mandó que quedase viviendo en su palacio, y que le hizo algunos presentes en premio de la denuncia. Pero bien léjos de que haya alguna contradicción entre estas dos narraciones, la segunda no hace más que confirmar lo que se refiere en el cuerpo de la historia de Ester; porque si, como es cierto, Mardoqueo no recibió inmediatamente ninguna recompensa por su fidelidad y servicio, posteriormente fué honrado y premiado como merecía, habiéndole exaltado el rey poco tiempo después, y conferídole un empleo en su palacio. De este honor hablan los fragmentos, y no hay necesidad de que por esos presentes hechos á Mardoqueo se entienda una recompensa que se le hubiese dado en el acto, como quieren suponer los que pretenden hallar contradicción entre las dos narraciones, y con ellos algunos otros intérpretes; sino que debe entenderse de las consideraciones que en lo sucesivo tuvo el rey á Mardoqueo, como se refiere en el cap. vi. v. 10, y en el cap. viii. v. 1. y 2. Mas aun cuando se quisiera explicar de este modo la narración que se hace en los fragmentos, no se seguía de aquí que había contradicción; porque cuando el rey preguntó qué recompensa había recibido Mardoqueo, los ministros y los que leían los anales, contestaron en verdad que no había recibido ninguna; lo cual no quiere decir otra cosa sino que en los anales no constaba que se le hubiese dado; de manera que bien pudo recibir alguna, y ser tan mezquina en comparación de un servicio tan grande, que por eso no se juzgó indispensable hacer mención de ella en los anales. Resuelta la dificultad de cualquiera de los dos modos dichos, se ve que no hay contradicción alguna entre el texto hebreo y los fragmentos del libro de Ester.

Se pretende también hallar contradicción en que el día destinado para acabar con el pueblo judío debía ser, según el hebreo, el 13 del mes adar, y en los fragmentos se dice que el 14 fué el señalado para esta cruel expedición. Podemos contestar con muchos doctos intérpretes, que en esto hay una errata de números, como sucede con bastante frecuencia, especialmente cuando estos se expresan con cifras, esto es, con letras numerales que antiguamente hacían

VII.
Continúa la
respuesta á
las objecio-
nes contra
la autoridad
de los frag-
mentos.

veces de cifras; y así, en lugar de *catorce* debe leerse *trece* en los fragmentos, lo mismo que en el hebreo.

Se impugna también la autoridad canónica de los fragmentos, porque en ellos se afirma que Aman era macedonio, y que tuvo el proyecto de trasladar á los Macedonios el imperio de los Persas. Esto que en los fragmentos se pone en boca del rey Assuero (1), parece contrario á lo que se dice en el texto original (2), á saber, que Aman era hijo de Anadati, y de la estirpe de Agag; cuya expresión ha hecho creer á la mayor parte de los intérpretes, que era amalecita descendiente de aquel Agag á quien Saul perdonó, y Samuel condenó á muerte por orden de Dios. ¿Cómo podría ser á un tiempo amalecita y macedonio? ¿no hay aquí contradicción? A esta dificultad contestamos negando que Aman fuese de la estirpe de Agag y del número de los Amalecitas. Me parece, dice M. el abad de Vencé, que si se traduce á la letra el hebreo, no se hallará en él que Aman descendiera de Agag; la palabra *Agagi* quiere decir mas bien *Agageno* que descendiente de Agag, significando el nombre de un país, y no el origen paterno. Así Aman pudo traer su origen de los Escitas descendientes de Gog y Magog. En efecto, en la Escitia, según refiere Plinio, había unos pueblos que se llamaban *Agagamatas*.

Se dirá que esto no puede absolutamente justificar á los fragmentos, que dicen que Aman era macedonio: *animo et gente macedo*. A esta dificultad podemos satisfacer, diciendo con mucha probabilidad que Aman era macedonio por parte de padre, persa por la madre, y agageno por el lugar de su nacimiento; y aun pudiera decirse que también era amalecita, porque algunos de sus mayores descendiesen de aquellos pueblos que se establecieron en corto número en la Persia ó la Macedonia (3).

Pero se pregunta: ¿cómo pudo Aman haber proyectado trasladar á los Macedonios el imperio de los Persas, siendo así que en la época en que Ester subió al trono los Macedonios, pueblo de la Grecia, no eran muy conocidos, ni bastante poderosos para hacer sombra á los reyes de Persia, y que mucho tiempo después fué cuando llegaron á ser temibles á sus vecinos? Para resolver esta dificultad, es necesario averiguar en qué tiempo sucedió la historia contenida en el libro de Ester. Al examinar yo este punto en la primera edición de esta Biblia, seguí la opinion de Calnet que refiere esa historia al tiempo de Dario, hijo de Histáspes, y combati la del abad de Vencé que refería el suceso al tiempo de Artajerjes Longimano; mas después, habiendo advertido que esta última opinion aunque mal defendida por el abad de Vencé, en realidad tenía fundamentos mas poderosos y mas sólidos que la mia, tomé el partido de tratar esta cuestion en una Disertación particular, que se hallará á continuación de este prefacio. Allí se verá que los Macedonios pudieron ser bastante conocidos para los Persas en tiempo de Artajerjes Longimano.

En el censo de los que volvieron á Jerusalem con Zorobabel, se halla un judío llamado Mardoqueo (4), que reputan algunos co-

VIII.
Observación
sobre

(1) *Esth.* xvi. 10. et 14.—(2) *Ibid.* iii. 1.—(3) Vide *Menach.* in cap. m. l. *Esth.*—(4) *Esth.* i. 2. *Nehem.* vii. 7.

mentadores, por el mismo de quien se habla en el libro de Ester pero esto es muy incierto (1). Para sostener tal opinion, seria necesario suponer que Mardoqueo, regresado á Jerusalem, hubiese abandonado despues su patria, á pesar del atractivo que debian tener para todos los Judios la ciudad santa, y el templo que empezaba á edificarse, y se hubiera ido á la Susiana, cuyo pueblo infiel no podia presentarle un aliciente semejante.

Ignoramos absolutamente la época de la muerte de Mardoqueo y de Ester (2). En la capital de la Media, llamada *Hamda la grande*, se mostraba el sepulcro de Mardoqueo, segun dice el viajero Benjamin de Tudela. Aun hoy en la sinagoga que tienen los Judios en Amadan, donde abundan mucho mas que en ninguna otra ciudad de la Persia, se ven los sepulcros de Mardoqueo y de Ester. El edificio donde están, era muy grande antiguamente; en el dia no es mas que una hermita con los dos sepulcros de ladrillo cubiertos de madera pintada de negro (3). Pero pasemos á tratar de cosas mas ciertas, y edificuémonos con los grandes ejemplos de virtud que el Espíritu Santo nos propone en las personas de Mardoqueo y Ester.

IX.
Reflexiones
sobre la his-
toria de Mar-
doqueo y Es-
ter. Ester fi-
gura de la
Iglesia.

En la de Mardoqueo nos presenta un modelo de aquella firmeza y magnanimidad que debe manifestarse principalmente en las ocasiones importantes en que se trata de sostener la gloria de Dios contra la impiedad y la insolencia de los malos. Ese verdadero Israelita que se habria tenido por dichoso con ser víctima del resentimiento de Aman, y sufrir el martirio por la gloria de Dios, no puede ver sin sumo dolor que su causa personal se haga comun á toda su nacion, y que se quiera exterminar á todo el pueblo, porque uno solo se niega á tributar á un cortesano los honores de la divinidad. Se abate, gime y llora, pero lleno siempre de la firme confianza de que Dios no abandonará á su pueblo; y que si permite que este sea tentado y afligido, no consentirá que se le oprima y destruya enteramente. Entendió muy bien que la providencia habia elevado á Ester sobre el trono, para que sirviese de instrumento á la salvacion del pueblo. *Si te mantienes ahora en silencio, le dice, los Judios se librarán por otro medio, y perecerás tú y la casa de tu padre. Y ¿quién sabe si por eso mismo has sido elevada á la dignidad real para hallarte en estado de obrar en esta ocasion* (4). Mardoqueo obtuvo del modo mas brillante la recompensa de su piedad, de su celo, y de su fe. El se vió ocupando el lugar de la segunda persona del reino, colmado de honores, de autoridad y de bienes. Así es como Dios de cuando en cuando presenta prodigios de su magnificencia y de su sabiduria ensalzando á los humildes, y premiando á sus amigos aun en este mundo, para sostener la fe de los débiles, que algunas veces hace vacilar la prosperidad de los malos.

No son ménos instructivas las lecciones que nos da Ester en toda su conducta. ¡Qué amor á su pueblo! ¡qué fortaleza! ¡qué desprecio á la muerte en una rina joven que se presenta ante un príncipe bárbaro, sin ser llamada, estando prohibido con la pena de la

(1) Esta observacion es tomada del Prefacio de M. el abad de Vence.—(2) Todo lo que sigue de este Prefacio se ha tomado del fin del Comentario de Calmet sobre el libro de Ester.—(3) Viaje de Pablo Lucas.—(4) *Esth.* iv. 5.

vida acercarse á su trono! ¡Qué sabiduria y sagacidad no emplea para empujar á este príncipe á la revocacion de un decreto injusto! Empresa muy difícil en el gobierno de los Persas, y mucho mas bajo un monarca fiero y absoluto. En fin, ¡quién no admirará la conducta con que supo manejar el corazon de Assuero para inclinárle á abandonar á su favorito, y sacrificar al hombre de su imperio en quien habia puesto la mayor confianza! ¡Qué amor tuvo á su pueblo, qué deferencia y gratitud á Mardoqueo, qué humildad en la grandeza, qué menosprecio al fausto, á los adornos, á los placeres, á la gula, y á la vanidad! ¡Paraca que la providencia quiso trazar en la persona de Ester el modelo acabado de una princesa cristiana y virtuosa, para que no hubiese clase alguna que no hallara en las sagradas Escrituras, no solo preceptos, sino tambien modelos de una vida perfecta.

Los padres (2) nos hacen considerar tambien á esta santa reina como una figura de la Iglesia de Jesucristo. Ester fue al principio como un manantial pequeño que se aumentó despues hasta llegar á ser un río caudaloso. Basta comparar los principios de la Iglesia con sus progresos, para convencerse de la verdad de esta figura. Ester es extranera para su esposo; pero su belleza obscurece la de todas sus compañeras. Es substituida á la soberbia Vasti, colocada en el trono, perseguida en la persona de sus hermanos, y al fin victoriosa. Despues de haber estado incógnita por algun tiempo, se da á conocer, liberta á su pueblo, y consigue la ruina de Aman y de todos sus enemigos. A este modo la Iglesia de Jesucristo, buscada y escogida entre las naciones, de una belleza perfecta, sin mancha ni ruga, se substituyó á la sinagoga representada por Vasti, que envanecida de su fortuna llegó al extremo de despreciar á su esposo, autor de su elevacion y grandeza. Las persecuciones suscitadas contra la Iglesia no han servido mas que para hacer brillar el mérito de sus hijos, y dar á conocer que ella siempre es invencible; que cuantos la combaten no pueden evitar su propia perdicion y desgracia; y que por grandes y elevados que lleguen á verse, su elevacion á la mayor altura hará su caída mas notable y peligrosa.

[1] *Hieron. epist. ad Paulinum. Prosper. Promiss. Part. n. c. 33.*

DISERTACION

SORRE

EL TIEMPO DE LA HISTORIA DE ESTER.*

HAY pocas historias cuya época sea mas cuestionable que la de Ester, pues aunque los sabios generalmente convengan en que sucedió bajo el reinado de un príncipe llamado *Assuero*, porque así lo

I.
Variedad de
opiniones so-
bre el Assue

* Esta Disertacion es una de las nuevamente añadidas por el editor de la segunda edicion. [Nota de la edicion anterior].